



PRÓLOGO

El atento interés de la Comisión de Cultura del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria; el permanente empeño de la Casa de Colón; la colaboración inestimable del Instituto de Cooperación Iberoamericana, la Comisión Nacional del Quinto Centenario, la Caja de Canarias y de Iberia Líneas Aéreas; así como el quehacer incansable —sobre todo esto— de un grupo de historiadores nacionales y extranjeros, han permitido el fructífero desarrollo de este IX Coloquio de Historia Canario-Americana con resultados positivos.

Cuando cualquiera pudiera considerar que el tema se encuentra ya agotado (las relaciones de Canarias con América) nos encontramos con la novedad o el insospechado enfoque de algo que, por tratado, daba la sensación de no constituir ya materia de estudio. Y esto se explica por diversas circunstancias, pero, sobre todo, por la incorporación de nuevos rostros, de nuevos profesionales de la Historia. Ello ha sido siempre una de las notas de los Coloquios grancañarios y que, más de una vez, hemos resaltado. Los Coloquios, al igual que ocurre con las generaciones universitarias, cada año nos parecen más jóvenes.

Junto a la calidad de lo presentado; junto al grato y familiar ambiente de trabajo que se respira en la institución de Las Palmas; al lado de las figuras repetidas y ya veteranas en las lides de la Casa de Colón, discurre el recién reclutado, que con su persona y sus páginas a veces primerizas realiza contribuciones de inéditos sabe-

res y facilita savia joven al cuerpo humano de los Coloquios. Porque los Coloquios integran una familia que en cada reunión crece garantizando su permanencia. Son estos recién estrenados autores, en ocasiones encaminados por los maestros consagrados, los que respaldan la durabilidad de los Coloquios y ese no agotamiento del asunto.

Un Índice de los Coloquios (1976-1988, I-VIII) recién publicado facilita una idea del transcendental acopio de páginas sobre la Historia de Canarias realizado en los bianuales encuentros de la Casa de Colón. El Índice, reducido por el momento al de autores y cronológico, no permite apreciar la preponderancia de una u otra materia. Fenómeno —el del predominio de una cuestión— que se ha dado en los Coloquios por razones obvias. Curiosamente en este Coloquio de 1990 los clásicos temas ofrecen cierto equilibrio. Marginado el período Prehispánico (arqueología v.g.), siempre cultivado por una minoría e especialistas, al igual que la época contemporánea, los demás periodos han absorbido la curiosidad de los investigadores. Y, dentro de los periodos, las cuestiones han sido las tradicionales con un porcentaje de análisis que van de los diez a los veinte estudios. Los ponentes han vuelto a indagar en torno a la economía, el arte, la religión, la geografía, la emigración y la historiografía. Las prestaciones, diversas en todos los sentidos, han completado y ampliado los conocimientos, visiones e interpretaciones imperantes transitando muchas de ellas por caminos no hollados.

Como complemento de lo expresado me precopa no sólo resaltar, elogiar y agradecer, estos trabajos con harta frecuencia los primeros en realizarse; me interesa repito, no solo subrayar lo dicho, sino apuntar lo que de positivo tiene el Coloquio para el autor novato. Muchas veces el éxito de una carrera de investigador depende de la recepción que se le hace a la inicial contribución. Una mala acogida frustra una carrera; un recibimiento propicio puede constituirse en un vital estímulo. El joven que sin una gran experiencia investigadora comprueba como su ensayo es escuchado, aceptado y publicado —tal vez con alguna objección— cobra seguridad en sí mismo. Y esto, estímulo, me parece a mí que ha derramado generosamente la Casa de Colón a través de sus Coloquios.

Los logros alcanzado en la Historiografía —y también las lagunas de ella— autorizan a pensar ya en la redacción de una *Historia de Canarias*. Cuando este IX Coloquio principia su andadura, tam-



bién ha iniciado la suya una Historia del Archipiélago promovida por Prensa Canaria. De los proyectos y reuniones para la formación de un equipo de Coordinadores, se ha pasado ya a la convocatoria de varias decenas de autores, y a la ejecución de cada capítulo. Y ello ha sido factible no sólo gracias a la voluntad de una empresa privada, sino a la existencia de un equipo y de una historiografía que ha alumbrado muchos rincones del devenir insular. Ha sido bastante, y bueno, lo dado a conocer en los últimos lustros a través de significativas obras. Los Coloquios han tenido algo que ver con el fenómeno. Sin producir ese tipo de monografía, tal vez tesis doctoral, los encuentros de la Casa de Colón fueron la cátedra en la que más de un autor adelantó los resultados de una investigación, anunció lo logrado en indagaciones en proceso de ejecución, o expuso ya conclusiones o resultados finales. Sea cual fuera lo expuesto, una conclusión, una hipótesis, un resultado o un proyecto, en los Coloquios de Historia Canario-Americana se han presentado trabajos cuya física dimensión no corresponde a su importancia. Numerosas ponencias han perfilado una noción histórica, han corregido una noticia, o han enriquecido cualquier aspecto. Gracias a todo ello, grandes y pequeños trabajos, estamos ya hoy en condiciones de estructurar una *Historia de Canarias*, obra de ese magnífico grupo de historiadores que laboran fuera y dentro de las Universidades canarias, y síntesis de la tradicional historiografía más lo acarreado en estos años. Síntesis, repetimos, de lo logrado y sabido y, así mismo, exponente de los capítulos pendientes por investigar, revisar o aclarar. Porque la historia es un quehacer que no cesa.

En estos prólogos redactados cual ritual año tras año hemos ido haciendo, por así decirlo, la historia de los Coloquios. Y como no hay historia sin actores o personajes, en el acontecer de los encuentros de Las Palmas existen unos actores protagonistas. Están los autores, los historiadores, cuyos nombres van unidos a sus páginas y que figuran en los tomos impresos. Y están también esos otros protagonistas anónimos, pero claves en la gestación y desenvolvimiento del Coloquio. Quiero, con mi gratitud y agradecimiento a su eficaz llamada tarea, dejar constancia de sus nombres para que estos trozos de historia no queden mancos: Elena Acosta, directora de la Casa de Colón e insustituible Secretaria de los Coloquios; Candelaria Fumero Arucas, Dunia Ramos Colomo y Juana Hernández García que llevaron con solviente responsabilidad la Secretaria Técnica; y Jesús Bombín a quién se debe la cuidadosa impresión de los volúme-



nes recogiendo las actas y comunicaciones. A todos, muchas gracias, al igual que al presidente del Cabildo Insular, don Carmelo Artilles y al Presidente de la Comisión de Cultura, don Francisco Ramos Camejo, que ampararon de manera decisiva a este IX Coloquio de Historia Canario-Americana.

Francisco Morales Padrón

